

GRUP DE DONES "ALOMA"

II Concurso de Relatos Cortos – 2009. "Recuperando la memoria del agua de Benetússer"

2º Premio

Título: **RECORDS**

Autora: **Amparo Vendrell Gimenez**

Cuando salía de la escuela a las doce junto con mis amiguitas, nos parábamos en las acequias a coger mariposas y "parotets", que al calor del Sol se posaban en las ramas más inclinadas hacia el agua y, por tanto, más difíciles de alcanzar. Lo sabían... y huían de nosotras saltando de rama en rama, desafiándonos. Sentíamos un cosquilleo en las tripas. *Chtsss... silencio absoluto... que se escaparán...* En muchas ocasiones íbamos a parar dentro de la acequia al poner un pie en falso; entonces, los "parotets" cambiaban de lugar... y vuelta a empezar la persecución.

Quizá por nuestra edad no comprendíamos del todo para qué servían tantas acequias. Unas más grandes y otras más pequeñas, que parecían entretejerse como los nervios de una hoja de árbol. El curso del agua parecía embrujado: de repente se escondía por debajo de mi casa y salía por otra parte. Recuerdo que en una ocasión pasé "volando" de una orilla a otra en una acequia grande que discurría junto a un motor. Sí, "volar". Esa es la sensación que experimenté. Mariluz, una amiga de mi hermana, me cogió en volandas y saltó. Pura magia es lo que me pareció ese salto a la otra orilla de la acequia. La sensación que me produjo la vivo como si no hubiera pasado el tiempo.

Recuerdo que en los campos cercanos a mi casa, situada a las afueras de Benetússer, había acequias pequeñas que se utilizaban para regar y allí, varios niños y niñas del vecindario desarrollábamos la imaginación jugando a hacer carreras con barquitos, a veces hechos con papel o con ramitas y hojas de árbol. En ocasiones iban tan deprisa por la corriente del agua que los perdíamos de vista y teníamos que correr por la orilla de la acequia persiguiéndolos. El agua seguía su curso; no nos hacía ni caso. Sólo escuchábamos su murmullo. Hoy, a ese murmullo, lo puedo expresar con otras palabras: "El murmullo de la corriente del agua era como una forma de cantar entonada".

Nos gustaba descalzarnos y andar por las acequias, a veces contra corriente, formándose unas pequeñas olas que nos provocaban una agradable sensación. El agua podía estar muy fresquita o templada por el calor del Sol. Hoy diría que era como un "masaje sobre los tobillos".

En mi casa había un motor, de donde salía el agua más fresca y agradable que he bebido en mi vida. Así la recuerdo. Fresca; no helada. Empañaba la botella;

refrescaba el melón y la sandía. A la hora de la comida no podía faltar la botella de cristal de “agua de litines” y aún recuerdo el cosquilleo que me producía al beberla.

Los vecinos venían a por agua fresca a la hora de la comida. Intercambiábamos la escalera, las herramientas de los arreglos de la casa y a veces comida y dulces caseros. También acudían a oír la radio por la noche. Cuando fui mayor comprendí que era “Radio Pirenaica”. Qué bonito oír contar historias a los mayores, aunque había veces que nos mandaban a otra parte. Conocíamos a un señor que era mudo, que me enseñó bastantes signos que se hacían con las manos. Aprendí a expresar muchas palabras, entre ellas mi nombre y apellidos.

Recuerdo las fuentes pintadas de verde y el grifo de bronce, como el picaporte de la puerta de casa. Para beber había que agacharse mientras alguien apretaba el grifo y en muchas ocasiones quedábamos empapadas de agua.

Nos gustaba la lluvia; en el campo era mucho más bonita y agradable porque detrás de la cortina de lluvia se veía el campo y podía ser verde o del color de la tierra. Cuando terminaba de llover todo el paisaje era más limpio y brillante. Hacían su aparición los caracoles y las ranas.

Donde yo vivía las calles no estaban asfaltadas y cuando llovía se formaban charcos de todos los tamaños. El reto para nosotras era saltarlos sin meter el pie en el agua.

Y también con la lluvia la tierra estaba a punto para realizar cantidad de cosas bonitas. Se convertía en barro que luego nos servía para reproducir utensilios que existían en nuestras casas: desde una taza, platos, jarras y todo lo que hacían nuestra madres y abuelas (rosquilletas, pan, mona de pascua...). De la misma manera reproducíamos las pequeñas acequias con sus compuertas para desviar el agua.

¡Qué divertido era jugar a “tous”. Consistía en la confección de una especie de pequeña cazuela de barro que, manteniéndola con la palma de la mano, se tiraba con fuerza al suelo, produciéndose un fuerte sonido al reventarse.

Por último, también me viene a la memoria cuando, sentados por la noche a la fresca, y mientras los mayores hablaban, mi hermano y yo, a la luz de la farola, dibujábamos en la tierra árboles, flores, acequias, la luna... todo con una ramita seca y mucha imaginación.

Todas estas experiencias viví cuando era pequeña. El tiempo ha pasado pero las sensaciones las siento cercanas. Recuerdo el olor de la tierra cuando llovía, el paisaje que quedaba cuando paraba de llover, los surcos que dejaban en la calle las ruedas de los carros... Todo eso formaba parte de nuestro entorno y con ello crecimos.